

02

EL PROYECTO OLÍMPICO
RETÓRICAS Y TRANSFORMACIONES URBANAS

III. EL USO DEL EVENTO COMO CATALIZADOR DE REGENERACIÓN URBANA Y PROMOCIÓN GLOBAL

La utilización de los grandes eventos como catalizadores de transformación urbana ha sido y sigue siendo una estrategia común para las ciudades (VENTURI, 1994; MUÑOZ, CASTELLS, 1997; FRAMPTON, 2003). Más allá de la celebración por sí misma, la organización de eventos ha sido ampliamente interpretada como la ocasión para urbanizar y/o regenerar la ciudad construida; además de haberse convertido hoy en una oportunidad para mostrar y redefinir la ciudad internacionalmente y situarla en lo que Saskia Sassen denomina la nueva geografía de la centralidad.

La ciudad de Barcelona es un buen ejemplo. La Exposición Universal de 1888 fue, como todas las exposiciones universales del s.XIX, una forma de visualizar los productos más innovadores y las ideas más avanzadas; pero, sobre todo, sirvió para *“recuperar definitivamente de facto la Ciutadella y arrebatarle su uso militar, (...) dotar la ciudad de servicios urbanos y unas obras de urbanización que de otra forma se hubieran demorado”* (BUSQUETS, 2004: 164). Así, además de demostrar que era capital líder en Europa, con la exposición, Barcelona verificó el impulso que el evento suponía para el desarrollo de la ciudad. Más tarde, la Exposición Universal de 1929 fue promovida como la forma de llevar a la práctica gran parte de las ideas del Plan de Enlaces de Jaussely³⁷ y urbanizar la zona de Montjuïc. La celebración del Congreso Eucarístico en 1952, durante la dictadura franquista, vió nacer y construir la zona de la Diagonal más allá de María Cristina³⁸ y las viviendas del Congreso. Finalmente, los Juegos Olímpicos de 1992 reformularon la ciudad tanto a nivel urbanístico como en su imagen y promoción a escala global. Más tarde, sin embargo, eventos como el Fòrum de les Cultures 2004, que pretendían seguir el mismo camino, tuvieron menor éxito en su traducción de beneficios a escala local.

Por su parte, Londres también hereda una ciudad que ha crecido y se ha regenerado, en parte, a través del uso de grandes eventos, aunque unas veces con legados más exitosos que otros. En 1851, con la Great Exhibition, Londres se expandió hacia el oeste a través de la zona de South Kensington. Fue entonces cuando el Hyde Park, por aquellos tiempos considerado las afueras, pasó a formar parte de la ciudad central. En este sentido, y de acuerdo con Tomlinson (2012), no es sorprendente pensar que se espere un efecto parecido para el este de Londres con la localización de los JJOO en la Lower Lea Valley.

Más tarde, con la Franco-British Exhibiton en 1908, siguió la expansión hacia el oeste con la localización del evento en la zona de Spheperd's Bush, hoy conocida como White City (ya que todos sus edificios estaban pintados en color blanco). Ese

37 Sin embargo es necesario matizar que el Plan no se llevó a cabo. No fue hasta 1917 con el Pla Romeu, cuando una versión reducida del Pla Jaussely se puso en marcha.

38 Mencionar también la propuesta de Porcioles -alcalde de Barcelona durante el régimen franquista (1957-1973)- para una “Exposición Universal en 1982” que, aunque fallida, trajo consigo interesantes propuestas de transformación de la ciudad (MONCLÚS, 2007); como el diseño de una destacada red de carreteras, la transformación de una parte de la montaña de Montjuïc (barrios de Can Clos y el Polvorí), los alrededores de la calle Tarragona y la entrada del entonces ya previsto Túnel de Vallvidrera). Propuestas, algunas de ellas, que serían claves para los posteriores JJOO 1992.

mismo año, la zona también acogió las Olimpiadas, originalmente programadas en Roma, por lo que también se construyó el White City Stadium, de escaso éxito.

En 1924, la British Empire Exhibition desarrolló la zona de Wembley, al norte de Londres. Construido desde zero sobre terreno virgen (*greenfield*), la exhibición representaba el aparador de las producciones del Imperio a la vez que buscaba entretener a sus visitantes. Con ese fin se construyeron un parque de atracciones y un estadio; así como la que fue la primera estación de autobuses de la ciudad. En 1948, esta misma zona sería también utilizada para la celebración de unos nuevos Juegos Olímpicos.

Seis años después del fin de la II Guerra Mundial, en 1951, la celebración del Festival of Britain buscó un cambio en los ánimos de su población y sus ciudades. Así, el evento se localizó a lo largo de 27 hectáreas del South Bank, en Londres, un área que aún no había sido reconstruida desde la guerra.

Finalmente, ya en un pasado más reciente, la celebración de la Millenium Exhibiton pretendió regenerar la península de Greenwich, al sudeste de la capital. Éste fue claramente un gran proyecto de desarrollo en el intento del gobierno de continuar estimulando un crecimiento hacia el este de la ciudad (de un éxito, sin embargo, fuertemente cuestionado³⁹). Hoy, no cabe duda que los JJOO y su emplazamiento en la Lower Lea Valley se mueven en esa misma dirección.

II.021



II.021
Vistas de North Greenwich, zona residencial (programada para usos mixtos pero de escaso éxito).

II.0.22
Vistas aereas de Millenium Dome. Al fondo Canary Wharf. Ambos insignias del desarrollo del este de Londres (top-down).

II.023
Señalética de Excel Marina. Waterfront desarrollado a base de viviendas de alto standing y restaurantes cercanos al Excel Centre, gran equipamiento de exhibiciones al sur del Támesis también construido para potenciar (o catalizar) el desarrollo económico, urbanístico y residencial de la zona.

II.022



II.023

³⁹ Evans (2007) describe la construcción del Millennium Dome y su urbanización adjunta para la celebración de Millennium Exhibition como un proyecto con un propósito vago y de altos costes que puso en tela de juicio los proyectos de gran envergadura (promocionados desde el gobierno) en Gran Bretaña. Un fracaso de planteamiento y derroche financiero que se exacerbó con el fracaso de su uso posterior al evento, vendido a la empresa privada O2 para la organización de grandes eventos o festivales.

El análisis del rol de estos grandes eventos ha sido ampliamente estudiado y comentado desde la academia. Bajo conceptos distintos: *mega-events*⁴⁰ (Roche, 1992; Spezia, 1992), *meta-spectacles* (Bergmann, 1999 p.13), *hallmark-events*⁴¹ (Hall, 1989), *landmark-events*⁴² (Hiller, 1990) o *world festivals* (Proudfoot et al, 2000), todos ellos coinciden en su creciente papel estratégico.

Los Juegos Olímpicos de verano (junto a los Mundiales de Fútbol y las Exposiciones Universales) representan quizás el mega-evento por excelencia; siendo un acontecimiento en el que, tal y como señala Coaffee & Johnston (2007), Short (2008), o Poynter y MacRury (2009), los procesos de globalización económica y cultural son encarnados en localidades específicas.

Los JJOO fueron concebidos en su origen como eventos esencialmente vinculados con el deporte que obligaban a la ciudad anfitriona a proveer los lugares adecuados para las distintas competiciones, pero hoy son mucho más que una competición deportiva. La celebración de unas olimpiadas supone convertir la ciudad anfitriona en un escenario a escala global, no sólo del espectáculo deportivo, sino también del poder económico de la ciudad, de sus tradiciones culturales y de su herencia y legado urbanístico. La escala del evento se ha multiplicado con el tiempo, y con él, también el presupuesto y las ambiciones de sus planificadores. Actualmente, la celebración de unos Juegos Olímpicos es un acontecimiento que va mucho más allá del *momentum*, siendo el proceso anterior y posterior también determinantes para la ciudad anfitriona al facilitar cambios que sobrepasan las dimensiones deportiva y hasta urbanística.

Tal y como afirma Short (2008) los Juegos Olímpicos son un fenómeno urbano. De hecho, como espectáculo, los Juegos son bautizados tras el nombre de su ciudad de acogida (siendo su contexto nacional un aspecto a veces hasta secundario a nivel de proyección internacional) y como herencia postolímpica, las transformaciones experimentadas restaran para el devenir cotidiano de su población local. La relación entre la ciudad y los Juegos Olímpicos ha ido variando a lo largo de su trayectoria moderna, pudiéndose distinguir entre cuatro etapas diferenciadas: en un inicio, desde 1896 hasta 1904, los impactos urbanos producidos por los Juegos fueron pocos, tratándose de espectáculos de pequeña escala que requerían de pocas infraestructuras nuevas; de 1908 hasta 1932 su dimensión aumentó gradualmente, siendo aún

40 “*Mega-events’ have an ambulatory character and are normally subject to a bidding process by potential hosts*”. Y son definidos como “*festivals that achieve sufficient size and scope to affect whole economies and receive sustained global media attention* (Getz 1997; Horne and Manzenreiter 2006; Roche 2000) (GOLD, GOLD, 2008: 302).

41 “Hallmark”: sello, marca o distintivo. “*Hallmark events’, become synonymous with the places where they are habitually staged. They include the everlengthening lists of cities staging street circuit road races (e.g. Boston, Buenos Aires, Shanghai and London) or international arts festivals such as those held at Edinburgh, Glastonbury, Roskilde, Chelsea and Salzburg* (Boyle 1997; Burns et al. 1986; Gold and Gold 2005; Mattie 1998; Prentice and Andersen 2003; Waterman 1998). *These can draw in huge tourist revenues and focus international media attention on the host city, but by virtue of their recurrence are run by cores of permanent staff that utilize well-established sets of practices to stage their events*” (GOLD, GOLD, 2008: 302).

42 “Landmark”: punto de referencia, hito. Hiller relaciona estos nuevos puntos de referencia con los eventos de la siguiente manera: “*how mega-events are related to urban processes, for they often transform urban space through the erection of landmark structures or through the renewal of urban space such as plazas or parks or new housing/retail developments*” (HILLER, 2000: 439).

espectáculos pequeños pero que requerían de mayor inversión infraestructural⁴³. El período 1936-76 marcó un cambio en la dimensión del evento, que pasó a ser de gran escala, con lo que cada vez requería de mayor inversión infraestructural. Esta etapa fue inaugurada por Berlín, donde se construyó un estadio Olímpico y se cerró con Montreal, que construyó un Parque Olímpico. Sin embargo, el crecimiento en escala significaba un aumento de los gastos relacionados, conduciendo a Montreal al desastre financiero y llevando a contemplar nuevas soluciones que conducirían a la cuarta etapa, cuando para los Juegos de Los Ángeles 1984 se incorporó al sector privado para la financiación de las instalaciones deportivas y las infraestructuras urbanas necesarias, disminuyendo así la presión sobre las administraciones públicas de la ciudad olímpica (SHORT, 2008). Más tarde, el caso de Barcelona '92 fue un paso más allá al desarrollar una lógica de infraestructuras reutilizables urbanamente a posteriori, concibiendo desde rondas hasta equipamientos deportivos como parte de la dotación infraestructural de la ciudad más allá de su uso para el evento.

Así, aquello que seguramente marcó el mayor cambio en la reinención de los Juegos Olímpicos fue su uso, no sólo como espectáculo deportivo, sino “(...) *as a catalyst for urban development in the face of changing economic circumstances. Use of the Games to reinvigorate sluggish or declining urban economies was essentially a product of new thinking from late-1970s, when growing awareness of the pervasiveness of deindustrialization led city planners to take action to stimulate new sources of employment. (...) First, they involved municipal authorities adopting a more entrepreneurial stance, forming partnerships with the private sector. (...) Secondly, they looked to the cultural sector -including sport, tourism, entertainment, media and creative design- as a particular valuable channels for promoting development and expansion*” (GOLD; GOLD, 2007: 4).

Hoy día la celebración olímpica recoge en sí misma multitud de intereses no sólo deportivos sino también urbanísticos, mediáticos, económicos y hasta sociales. Hospedar los Juegos es una oportunidad para construir un legado a largo plazo para su población local, con nuevas instalaciones deportivas, una mejora de las infraestructuras urbanas, y la creación de nuevos espacios públicos. En este sentido, la experiencia de los Juegos Olímpicos de Barcelona en 1992 podría considerarse, como se apuntaba anteriormente, un referente por su aproximación integral al evento, convirtiéndolo más en una oportunidad que en un fin en sí mismo. Ante los nuevos retos que se presentaban, Barcelona usó el gran evento internacional de los Juegos Olímpicos para dar respuesta a la conciencia de crisis. Sin éste evento, apuntan Borja y Castells (1997: 145), “*probablemente el plan estratégico de ciudad no sería el marco de un ambicioso proyecto de transformación urbana, en parte ya realizado*”. Las Olimpiadas Barcelona 1992 proyectaron a nivel internacional la capacidad transformativa de la capital catalana, la cual convirtió el proyecto olímpico en una pieza del engranaje de su proyecto de ciudad. La organización del evento no fue, por lo tanto, una pieza aislada, un proyecto en sí mismo, sino que se interpretó como un elemento catalizador, como el elemento que podría hacer cambiar la escala y la temporalidad de ejecución de un proceso emprendido desde años atrás y con visión a largo plazo.

43 El estadio de White City, para los juegos de Londres 1908 fue, de hecho la única instalación construida para la ocasión. Pero fue útil hasta 1985, convirtiéndose en sello del legado olímpico, concepto aún no considerado como prioritario en la organización de este evento deportivo.



II.024

Las imágenes de los saltos de trampolín desde las Piscinas Picornell, en Montjuïc, dieron la vuelta al mundo, haciendo del entorno urbano de Barcelona parte del espectáculo olímpico. (GENCAT, 1992) ©

Bajo la bandera de la regeneración urbana Barcelona hizo uso de este gran evento deportivo y cultural para reconvertir paralelamente su tejido económico y su tejido urbano, y así recolocar de nuevo la ciudad condal, de tradición industrial, como una ciudad competitiva, ahora a escala global.

Como fenómeno urbano, los Juegos fueron para Barcelona una excusa para abrir la ciudad al mar y recuperar el espacio urbano olvidado en la memoria de la Barcelona industrial, además de ser una estrategia para vertebrar, equipar, definir y equilibrar la ciudad (VERGÉS, 1996-1997). La distribución territorial del parque de instalaciones olímpicas colaboró en la labor de reequilibrio entre los barrios de la ciudad condal ya empezado en los ochenta bajo el lema “monumentalización de la periferia”. A través de la descentralización de los Juegos, se acercaron equipamientos de calidad a toda la ciudadanía y se consiguió que el evento fuera realmente un espectáculo urbano que involucrara a todo el territorio y lo proyectara mundialmente a través de la plataforma mediática que significa la celebración de las olimpiadas.

A diferencia de la estrategia clásica de concentración de los escenarios utilizados durante los juegos en un conjunto casi monumental, Barcelona dividió sus instalaciones en cuatro espacios de menor dimensión situados estratégicamente alrededor de la ciudad: Montjuïc, Vall d’Hebrón, Diagonal y el Parque Mar, consiguiendo, durante el evento, convertir una fiesta olímpica en una fiesta urbana y, para su legado, una ciudad urbanísticamente más equilibrada. Además, Barcelona mejoró su red de transportes públicos, construyó las rondas de Barcelona como cinturón periférico de entrada y salida de la ciudad (considerada en su dimensión metropolitana) y como estrategia de descongestión del centro, mejoró su sistema de alcantarillado y creó y rehabilitó más de 200 plazas, parques y calles de la ciudad. Fue así como, a través de la propulsión que los Juegos Olímpicos dieron al proyecto de ciudad emprendido en Barcelona ya a inicios de los ochenta, Barcelona “*provided a much admired model of how to achieve mega-event-driven urban regeneration*” (GOLD; GOLD, 2007: 6).

La creciente consciencia, hasta por parte del Comité Olímpico Internacional (COI), en relación a los efectos urbanos del evento olímpico ha ido transformando alguno de los criterios de acceso y/o victoria en la competición por ser ciudad olímpica. Después de los Juegos de 1988, el COI empezó a poner el énfasis en el aspecto “medioambiental” del desarrollo urbanístico del evento, siendo hoy el tercer pilar, junto con el deporte y la cultura. Así, tal y como apunta Short en su artículo (SHORT, 2008: 325), Sydney ganó su posición como sede olímpica para los Juegos del 2000 en parte gracias al énfasis que puso en la utilización de los *brownfields* para su desarrollo en vez de construir sobre terrenos no urbanizados previamente. Una estrategia también compartida por la candidatura londinense.

Por lo tanto, se observa como a partir de los años ochenta, y tal y como Barcelona aplicó de forma pionera, los Juegos Olímpicos se integran dentro de los ejercicios generales de la planificación urbana, buscando, de ese modo, un impacto a largo plazo y beneficios en los ámbitos más diversos: “*boosting a city’s economy, improving international standing, repositioning it in in the global tourists market, promoting urban regeneration, revamping transport and service infrastructures, creating vibrant cultural quarters, establishing a network of high-grade facilities that could serve as the basis for bids for future events, and gaining a competitive advantage over rivals*” (GOLD; GOLD, 2007: 5-6). El problema es que los buscados beneficios a largo plazo no siempre se materializan, como fue el caso de los Juegos de Sidney 2000 o Atenas 2004, o sus consecuencias no siempre son las deseadas para toda la población.

Es por ese motivo que acoger los Juegos Olímpicos divide la opinión pública antes, durante y después del evento. Con opiniones a favor del orgullo nacional y los valores que promueven las olimpiadas, la imagen global y la inversión en infraestructuras y áreas deprimidas que posibilitan; versus críticas fundamentadas en experiencias anteriores en las que el uso estratégico de tal evento ha llevado a altos costes económicos, normas de seguridad extremas, la disolución del control democrático local sobre su desarrollo, procesos de gentrificación, o a una creciente polarización social (POYNTER; MacRURY, 2009: 311).

El libro *Great Planning Disasters* (1980) de Hall fue quizás uno de los primeros textos que explicitó las formas en que los proyectos a gran escala acababan convirtiéndose en un desastre, por su sobreestimación de la demanda y subestimación de costes (COAFFEE; JOHNSTON, 2007: 139). A pesar de existir varias opiniones al respecto, es hoy imprescindible evaluar los costes y beneficios (económicos, sociales y de gobernanza) que la organización de un gran evento – como es el caso de los JJOO – puede aportar a la ciudad, no sólo a corto, sino también y, sobre todo, a largo plazo. Por otro lado, también es necesario tomar en consideración si los supuestos beneficios que llevará consigo se traducirán en una mejora de las condiciones de vida de la población local, o restarán en el terreno más abstracto del posicionamiento global de la ciudad.

Como se especifica en el informe de la OCDE,“(…) *international events can play a significant role in local development and act as a catalyst for local jobs, business growth, infrastructure improvement and community development. Equally, such events do offer exceptional means to connect globally. However, the overriding conclusion is that local*

benefits only accrue if the event is both well run in its own terms, and if it has a clear local benefit plan which is followed with skill and conviction. This is not easy to do, especially as the preparation for, and hosting of, the event is always a considerable task that distracts from the effort to win local benefits. It should be observed that hosting international events is only one means to achieve local benefits, and not the primary one. (...) Events are expensive and there may be better ways to use the resources. Because events tend to leverage investment from national governments and from private sponsors they can be especially attractive to cities that lack their own investment tools. Events provide a pretext for external investment that might not otherwise exist. But this does not mean that the investment comes free or without opportunity costs” (OECD, LEED, 2010:37).

El bagaje previo, el *momentum* y el legado se convierten, por lo tanto, en tres fases interrelacionadas y equitativamente importantes. Barcelona es hoy un ejemplo de su éxito en el aprovechamiento del evento gracias a su firme método de construir ciudad que acarrea previo a la consecución de su candidatura olímpica, gracias al éxito del desarrollo del evento en sí mismo y, por último, pero no menos importante, por las implicaciones urbanísticas, sociales y, sobretudo, económicas que su método catalizado a través del evento ha logrado conseguir. Su reposicionamiento como destino turístico, que tal y como apunta Brunet (2005), dobló el número de visitantes extranjeros dos años después del evento en comparación con los dos años anteriores, es el mejor ejemplo (SHORT, 2008: 338).

Sin embargo, y como se venía apuntando, no son pocos los teóricos que hoy ponen en entredicho los “beneficios” que la celebración de un evento internacional de envergadura tal ha tenido sobre su ciudadanía, ni tampoco aquellos que considera que el coste económico que su organización supone es excesivo (excluyendo, así, a gran parte de las ciudades).

En referencia a este aspecto, y volviendo al caso de Barcelona, Horacio Capel apunta, por ejemplo, un cambio drástico entre el urbanismo de urgencia de los 80, influido por la presión vecinal y la necesidad de atender los grandes déficits existentes, y el de inicios de los 90, que puso el énfasis en los grandes proyectos de infraestructuras y reordenación urbana apoyados en los grandes eventos como fueron los JJOO ‘92. Unos años en los que se produjo “*un nuevo interés del capital privado por la ciudad y una mayor osadía en su actuación, una vez alejado ya el peligro de la izquierda que apareció en la transición*” (CAPEL, 2007). Por su parte el antropólogo Manuel Delgado, una de las voces más críticas con el “modelo Barcelona” se cuestiona hasta qué punto ahora es el poder del capital el que ha acabado dominando las ciudades, convirtiéndolas “*en un producto de mercado más que no en un proyecto de convivencia*” (DELGADO, 2007: 16). Y Monclús reafirma como “*en la última etapa “postolímpica”, con el mayor protagonismo de la lógica privada y el planeamiento “flexible”, se hayan acelerado ciertos procesos de mercantilización y tematización cada vez mayor de la ciudad. Las sucesivas campañas de “marketing urbano” -de claro origen norteamericano- se corresponden con un tipo de urbanismo altamente “globalizado” -sobre todo el asociado a los Planes estratégicos*” (MONCLÚS, 2002:).

Por lo tanto, es necesario plantearse hoy hasta qué punto el gran evento no es más una palanca hacia la competición en esta “nueva geografía de la centralidad” de la

que habla Sassen (s/f), que no una estrategia que mira hacia adentro, hacia la consecución de la mejora en la calidad de vida de su ciudadanía.

Quizás es aquí interesante mencionar la contradicción o el juego entre “lo global” y “lo local” del que habla Remesar en referencia a la experiencia barcelonesa: *“el “modelo” Barcelona de espacio público se desarrolla a partir de una clara contradicción glocal. Mientras que por un lado, el conjunto de las operaciones urbanas resumidas por Bohigas (1985) en el concepto de “reconstrucción de la ciudad”, se sitúan en una escala local y de proximidad con la ciudadanía, las operaciones vinculadas con el proyecto Olímpico, proyectan la ciudad hacia un espacio internacional y lo entroncan con las operaciones urbanas globales. De este modo el “modelo Barcelona” es un modelo contradictorio, por no decir antagónico, en su misión, estructura y funcionamiento”* (REMESAR, 2012: 8-9). El balance entre este aparente antagonismo global y local será, por lo tanto, esencial para evaluar el alcance del legado olímpico en el siglo XXI.

Así, para cualquier ciudad que opte a la candidatura olímpica, sopesar las necesidades locales será fundamental para poder llevar a cabo transformaciones físicas y sociales que puedan perdurar en el tiempo. Sólo de ese modo se evitarán los “white elephants”⁴⁴, las “islas de gentrificación” de las que habla Garrido (2003), o los “gettos de ricos” fundados por el sector privado a los que se refiere Woodman (2004) (COAFFEE; JOHNSTON, 2007: 144).

Parece ser que, tal y como se ha venido explicando, y en vista de los procesos de reestructuración socioproductiva y urbana, el poder de las dinámicas globales es hoy irrefrenable (especialmente en el terreno económico). Ante las presiones del capitalismo neoliberal han sido introducidos nuevos métodos de intervención y *managment*, nuevas perspectivas económicas y dinámicas urbanas; y los grandes eventos son entonces, además de una oportunidad para catalizar, cambiar la escala y el tiempo de transformaciones urbanas de diversa índole, la pieza clave para generar un nuevo marketing de ciudad. Los Juegos Olímpicos son un evento con una cobertura mediática a escala internacional. Es la plataforma para que las ciudades reformulen su propia imagen y se promocionen a mundo abierto. Barcelona, por ejemplo, mostró al mundo su nueva etapa democrática tras el franquismo, y se promocionó como una ciudad creativa y con capacidades postindustriales. Tal y como explica Jaume Vergés en su artículo para el Centro de Estudios Olímpicos de la UAB, con la celebración de los Juegos Olímpicos la ciudad acogedora *“capitaliza escenarios (Barcelona, su nuevo frente marítimo; Atlanta, su Downtown, ...), pero también se capitalizarán filosofías o modelos de vida (Atlanta, la idea de comunidad integrada por distintas razas, originadora de su singularidad; Barcelona, su realidad mediterránea, abierta y cosmopolita, expuesta por el diseño; Seúl, su capacidad económica y modernizadora, ...)”*. Los Juegos Olímpicos son un pretexto para *“transportar una imagen materialmente apriorizada que es posiblemente capitalizada por vías como un futuro turismo, pero también, mediante vías productivas y económicas, así Barcelona intentará exportar diseño o Seúl modernidad tecnológica”* (VERGÉS, 1996-1997: 4-5). Pero los Juegos son, además, el escenario publicitario perfecto para que las empresas privadas que hoy son sponsors

⁴⁴ *White elephant* es un modismo inglés utilizado para referirse a una valiosa pero pesada posesión de la que su propietario no puede disponer y el coste de la cual (especialmente de mantenimiento) está desproporcionado en relación a su utilidad y valor. Aquí se refiere a las grandes instalaciones creadas para un evento y luego infrutilizadas y/o caras de mantener.

de las Olimpiadas se promocionen a escala mundial, haciendo uso de la globalización económica presente.

Por otro lado, este escenario global localizado a nivel local presenta otra gran contradicción. Casi todos los países del mundo forman parte de esta “comunidad internacional” que ondea sus banderas en las ceremonias inaugurales de los Juegos, y aquellos que no participan no lo hacen por razones políticas que, por lo tanto, vuelven a poner sobre la mesa el poder de la globalización y su funcionamiento. De hecho, y siguiendo de nuevo a Short (2008), el Comité Olímpico Internacional es una de las organizaciones transnacionales no gubernamentales más fuertes que simboliza, por lo tanto, la existencia de esa mencionada “comunidad” internacional. Sin embargo, el COI está formado por un grupo de embajadores (115 miembros de 78 países distintos), de los cuales en su mayoría forman parte de países ricos, los únicos, por lo tanto, con poder para decidir cuál será la siguiente ciudad a albergar los Juegos Olímpicos. Además, por otro lado, los elevadísimos costes económicos que hoy representa la celebración del evento reduce drásticamente el abanico de posibilidades, eliminando del mapa olímpico a gran parte de las ciudades medianas o pequeñas, o a los países en vías de desarrollo. *“Because of the heavy infrastructural requirements of hosting such a large international event it is only the larger and richer cities that are serious candidates to host the Summer Olympics. Small cities and cities from developing countries tend to be cut early from the bidding process, And while the refurbishment rather than the new building of sporting venues does limit costs, it also has the effect of limiting successful and viable bids to large, relatively wealthy cities that already have a substantial sports infrastructure. The possibility of cities from poor developing countries with limited existing facilities hosting the games is rapidly diminishing in this new era”* (SHORT, 2008: 334).

Con todo, las oportunidades que representa el uso de los Juegos Olímpicos para Londres son varias, pero a su vez también lo son los retos. Tal y como se desarrollará a continuación, Londres apostó en su candidatura olímpica por unos juegos fundamentados en la regeneración urbana y la sostenibilidad, seguramente las dos etiquetas más poderosas para conseguir su victoria. Su programa de trabajo aprende claramente de la experiencia de la ciudad de Barcelona, no sólo en vista a 1992, sino, y tal y como se ha expuesto previamente, en lo que a su programa de gestión y desarrollo urbano se refiere. Así, el evento representa para Londres la catapulta para llevar a cabo procesos previamente dibujados en un proyecto de ciudad metropolitana ya asentado y con fuertes fundamentos. En este sentido, para Londres, la celebración de los Juegos Olímpicos podría interpretarse como el catalizador que asegure la continuación de una intención en marcha desde los noventa, pero esta vez bajo conceptos aún más contemporáneos; siendo la competición por ocupar una posición central en la red de ciudades globales, una de sus principales prioridades.

En vista a los cambios económico-productivos que supuso el paso a una sociedad postindustrial, muchos afirman que Barcelona supo utilizar la ocasión maestralmente: *“The ‘92 programme” can be understood as a bid to re-launch the city in the context of economic and political crisis which Barcelona experienced from the mid-1970s until the mid-1980s; a context in which strategies adopted by other European cities, affected to a different degree by deindustrialization and economic globalization processes were also*

placed" (MONCLÚS, 2007: 219). Hoy, la capital británica se enfrenta a una situación paradójicamente similar a la que se enfrentó Barcelona a inicios de los noventa, ya que las posibilidades exponenciadas que representa el proyecto olímpico se presentan como una oportunidad, no sólo para reconvertir el tejido económico, social y urbano del este de Londres, sino también para relanzar la imagen de la capital en un contexto de crisis económica internacional. Un contexto de crisis que, sin embargo, también pone en la tela de juicio la viabilidad de un megaevento, redirigiendo gran parte de la atención hacia su futuro legado. Será sólo a partir de este legado como realmente se podrá evaluar la idoneidad de haber empleado un evento de tal envergadura (con los costes económicos que éste implica) para la consecución de unas transformaciones locales (si tomamos la etiqueta de "Regeneration Games" como válida) y/o para su uso como estrategia de reposicionamiento global de la ciudad.